

Monseñor Fresno Pidió un

(De la página A 1)

pañía y Paso Ahumada, en donde se ubicaron unidades de formación de distintos planteles matricados de las Fuerzas Armadas y de Orden, y público en general.

A su llegada al templo, el Primer Mandatario fue recibido en el portal por representantes eclesíasticos que lo acompañaron hasta los lugares preferenciales especialmente habilitados. El Presidente Pinochet se ubicó junto a la Primera Dama de la Nación y frente a los integrantes de la Junta de Gobierno y sus esposas.

A los costados, se encontraban los Ministros de Estado, encabezados por el Ministro del Interior, Sergio Onofre Jarpa; los miembros del Cuerpo Diplomático, encabezados por el Nuncio Apostólico de S.S., monseñor Angelo Sodano; el Contralor General de la República; integrantes del Consejo de Estado; la esposa del ex Presidente de la República Gabriel González Videla, señora Rosa Marchmann de González, delegaciones militares extranjeras y de las Fuerzas Armadas y de Orden del país.

La ceremonia de acción de gracias se inició con un canto de entrada congregacional, y la acogida pronunciada por el Arzobispo de Santiago, monseñor Juan Francisco Fresno.

Posteriormente, el pastor metodista y Presidente de la Fraternidad Ecueménica de Chile, reverendo Samuel Vallette, proclamó glorias a Dios, leyendo el Salmo 116, y luego el presidente de la Iglesia Evangélica de Chile, reverendo Stefan Scheller dio lectura a la Biblia.

El acto continuó con un salmo responsorial y una segunda lectura bíblica, proclamada por el reverendo Antonio Reyes, representante del Patriarcado de Moscú en Chile. Posteriormente, el Obispo de la Iglesia Anglicana, Colin Bazley proclamó el Evangelio, dando paso inmediatamente al Arzobispo de Santiago, quien leyó su homilía.

TEXTO DE LA HOMILIA
Ella fue la siguiente:
Te Deum laudamus, Te Dominum confitemur: ¡a Ti, oh Dios, Te alabamos; a Ti te reconocemos como Señor!

Con estas palabras comienza el antiquísimo himno litúrgico que la Iglesia canta en todas sus festividades para alabar y agradecer; para suplicar perdón y protección; para renovar su esperanza.

Una tradición, también muy antigua ha querido que la nación chilena se vaiga de la oración de bendición para proclamar de diversas maneras a tra-

vés de la historia, que debe a Dios el don de su independencia, y que de Él espera la luz y fortaleza indispensables para custodiar, con fidelidad, tan sagrado depósito.

La libertad es signo eminente de la imagen divina en el hombre. Una persona, una nación merece llamarse independiente cuando, vencidas todas las cautividades o coacciones exteriores, son también capaces de vencer las ciegas pasiones interiores para vivir según la única y divina ley del amor.

Para eso se nos dio la libertad: para que nos amemos. En las personas el grado de libertad se mide por la calidad del amor que se sepa entregar. En las naciones, se mide por la calidad de sus instituciones que aseguren la dignidad y la justicia para todos sus habitantes. La peor esclavitud es la del corazón que no quiere, o no puede realizar su destino esencial: amar a sus hermanos y darle lugar efectivo a la convivencia fraterna.

Por eso el Tedéum de alabanza por el don de la independencia nacional se continúa con una súplica a quien es, hoy, Salvador, y vendrá mañana como juez: "ven en ayuda de tus servidores, a quienes redimiste con tu sangre preciosa. Salva a tu pueblo, Señor, dignate guardarnos hoy del pecado. ¡Que tu misericordia venga sobre nosotros!"

Hay aquí una confesión a la que todos, sin excepción, estamos obligados: hemos pecado. Ninguno de nosotros está enteramente libre de culpa. Y tal vez no haya, en el itinerario de la patria, otro día, otro momento y otro lugar, tan oportuno como éste para realizar, juntos, un gran gesto de humildad nacional.

El primer paso hacia un consenso nacional es este gesto común de humildad nacional. No hay, entre nosotros, personas ni grupos enteramente exentos de pecado. Pretender que sean siempre los otros quienes carguen con la responsabilidad y culpa de nuestros males es faltar a la verdad y hace difícil esa conversión del corazón sin la cual no hay cambio, progreso o redención social.

Humildad nacional significa hablar de Chile como de una herencia y un destino que nos pertenecen a todos. Significa hablar entre chilenos con respeto y prudencia; con veracidad y delicadeza. Humildad nacional significa escucharnos, los chilenos, unos a otros. Silenciar la habitual polémica ofensiva; la condena previa y descalificadora de cuanto provenga de la boca del otro, y sólo porque proviene del otro.



LLAMADO A LA HUMILDAD Y CONCORDIA. — El Arzobispo de Santiago, monseñor Juan Francisco Fresno instó a los chilenos a realizar "un gesto común de humildad nacional" y a deponer "la condena previa y descalificadora de cuanto provenga del otro que tiene ideas distintas a las mías". El Te Deum Ecueménico contó con la asistencia de dignatarios eclesíasticos de las diversas denominaciones religiosas que hay en el país, entre ellas, la evangélica, ortodoxa, anglicana y judía.

Humildad nacional significa no desperdiciar las energías en agredirnos, ni el tiempo que Dios nos ha dado para construir Chile, en destruirnos mutuamente. Es reconocer que nada podemos los unos sin los otros; que nada seremos, los unos contra los otros; que todo será posible si estamos unidos entre nosotros, y nosotros con Dios.

Quiero unir mi voz a las voces de hombres y mujeres de mi patria para proclamar, con la convicción de mi fe y la conciencia de mi misión, que la violencia es inaceptable como solución a los problemas, que la violencia es indigna del hombre. La violencia es una mentira, es el arma que usa el demonio contra la verdad para destruir la humanidad. Ni la valentía ni la fuerza se prueban matando o destruyendo. La violencia retrasa el día de la justicia.

De rodillas, si fuere necesario, pido a todos que abandonen el camino de la violencia. No quisieramos llegar tarde a la cita de la historia.

En el día de la patria, en este lugar santo; en esta recordación emocionada de nuestro común origen, misión y destino; por respeto a tantas vidas cruentamente inmoladas desde nuestra independencia; por amor a tantas vidas que han puesto en nosotros su esperan-

za; por obediencia y fidelidad a ese Dios que ama la vida y no quiere la muerte, que nos mandó amarnos y perdonarnos; por todo ello, mis queridos hermanos y compatriotas, perdonémosnos hoy, unos a otros! ¡Arranquemos del corazón todo mal sentimiento! ¡En un corazón libre, en un corazón chileno, no puede anidarse una sola semilla de rencor ni un solo impulso de venganza! ¡Cada vez que hemos probado el cáliz de la odiosidad fratricida se nos ha revelado amargo, perturbador y estéril!

Perdonar no significa renunciar a seguir trabajando y luchando por lo que la propia conciencia considera verdadero y justo. Pero para construir algo verdadero y justo es necesario saber perdonar. La incapacidad de perdonar subordina todas las decisiones al odio que otro nos inspira o a la soberbia que nos domina.

Perdonar de corazón todo y a todos no es una utopía; es el único camino sensato y realista hacia la convivencia. Supone también reconocer la parte de culpa que hay en cada uno de nosotros o en aquellas estructuras en las cuales nuestro pecado ha impreso su huella destructora, para dar lugar al perdón y al reencuentro fraterno (D.P. 281).

Por una admirable lógica, nuestro Tedéum que comenzó con alabanza, y siguió con una súplica, asume ahora el tono de la esperanza: "Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros como lo esperamos de Ti".

Hoy, más que nunca, queremos, necesitamos, debemos hablar de esperanza. Más que eso, hablar con esperanza; infundir en el ánimo de todos un espíritu renovado y renovador, una común convicción de que la paz es posible, y de que si la aceptamos como una tarea común, con mentalidad y metodología de paz, comprobaremos pronto que las semillas de vida y resurrección prevalecerán en nuestra tierra, sobre la cizaña de muerte y división.

Hemos sufrido, es cierto. Todos hemos sufrido, porque a todos nos duele Chile. ¡Nos duele porque Chile es la familia en que Dios quiso que naciera; madre que nos alimentó el cuerpo y el espíritu; hija que prolongará los frutos de nuestro trabajo y de nuestro amor!

Si; hemos sufrido, a lo largo de nuestra historia, pero por singular deidad divina celebramos nuestro día nacional en el umbral mismo de la primavera: es un símbolo elocuente de que los chilenos obedecemos al ciclo vital de la naturaleza que exige dolor y muerte invernal a la semilla, como condición indispensable para el gozoso despertar y florecer primavera. Dios ratificó, en Jesucristo, esa ley de vida; por la Cruz se preparó el triunfo de la Resurrección.

Seamos un pueblo de esperanza. Un pueblo forjado y nutrido en la fe del Evangelio no puede ser sino un pueblo de esperanza. No son propios de la tradición chilena o de la fe cristiana, ni el pesimismo ni el derrotismo; ni una resignación fatalista; ni una evasión de responsabilidades.

Si hay momentos en que el rostro del Señor parece oculto, como disgustado por el mal que hemos hecho, muy pronto su voz se hace escuchar para decirnos, como antes a su pueblo: "Con amor eterno me he compadecido de ti. Antes se correrán los montes y moverán las colinas, que Mi amor se aparte de tu lado. ¡Mi alianza de paz contigo no se moverá!" (Isaías 54, 8 y 10).

Hemos pecado, sí; todos hemos pecado. Como el hijo pródigo del Evangelio nos hemos alejado de aquello que sólo se encuentra en el hogar de nuestras tradiciones paternas. Hemos roto los lazos de hijo y hermano; nos hemos aturdido con experiencias de irresponsabilidad y jugado con la vida propia o ajena, como si ninguna ley, ningún Juez, ningún Señor de las conciencias estuviese vivo y vigilante para revelar nuestras culpas.

Los pueblos, como las personas, sólo encuentran la libertad cuando retornan a sus raíces; cuando vuelven al hogar. Volver al Dios y Padre de la Vida, retornar al Cristo Señor de nuestra paz, vivir de ese Espíritu Santo que es amor de Dios derramado en nuestro corazón; allí está la raíz, allí el camino de nuestra libertad. Contra una noción economicista ampliamente difundida, no son los problemas o intereses materiales, sino los dinamismos y actitudes espirituales los que dirigen la marcha de la historia.

¡Tengamos, hoy, la humildad fe del hijo pródigo! ¡Atrévámonos, todos a reencuentrarnos! Así comprobaremos que Dios nunca deja de ser nuestro Padre, nunca se ha olvidado de nosotros, y sólo aguarda con ansia el momento de abrirnos sus brazos y celebrar con nosotros la fiesta del reencuentro. La fidelidad y misericordia de Dios son eternas. Y son la fuerza propulsora más eficaz, más transformante de la historia.

También se fundamenta nuestra esperanza en nosotros mismos: en Chile. ¡Por qué mirar nuestro pasado y nuestro presente con una mirada puramente negativa, como si la nuestra fuera sólo una historia de errores y desencuentros; como si no tuviéramos hoy otra realidad que desintegración y muerte?

Esa riqueza humana, ese patrimonio moral que nos permitió hacer y crecer, levantarnos y fortalecernos en medio de innumerables dificultades, hoy también están presentes entre nosotros. Me atrevo a decir más: se han incrementado. Nuestra búsqueda, nuestras lágrimas, fatigas y desencantos, no han sido en vano. El alma nacional se ha ido purificando en el crisol del dolor. Una conciencia y un anhelo se ha adueñado de nuestros espíritus: ¡queremos la paz! ¡queremos la vida! y nos damos cuenta de que debemos estar dispuestos a deponer barreras de prejuicios e ideologías; de intereses y resentimientos, para hacer converger nuestra creatividad y generosidad en una gran corriente de comunión nacional por una auténtica democracia.

Si nuestra mirada se detuviera sólo o predominantemente en lo que hay en nosotros de pecado, faltaríamos a la verdad y haríamos imposible, o problemática, nuestra esperanza. Porque si bien lo esperamos todo de Dios, Dios lo espera todo de nosotros. Por tanto, nada se hará sino en la fuerza de esta comunión de Dios con nosotros, expre-

sado en el esfuerzo mancomunado para construir la grandeza de la Patria con el aporte de todos sus habitantes.

Por eso es tan significativo, tan importante que nos reunamos hoy, aquí. Este es el día y éste el lugar que la tradición nacional ha escogido para significar el encuentro de Chile con Dios y de los chilenos entre sí.

Este es el día y éste el lugar para reafirmar nuestra fe en la nación; en nuestra capacidad y voluntad de cultivar los talentos que Dios confió a nuestras manos y de los que deberemos un día darle rigurosa cuenta.

Este es el día y éste el lugar para poner en una opción preferente la suerte de los pobres y de los que sufren, y prometer delante de Dios que emplearemos lo mejor de nuestros desvelos en procurarles una vida justa y digna.

Este es el día y éste el lugar para seguir alentando los pasos que aseguren el reencuentro de todos los hijos de Chile en la tierra que los vio nacer.

Este es el día y éste el lugar para pensar en Chile; mirarlo con ojos puros; quererlo con corazón libre y sentir y hacer realidad el que somos un país de hermanos.

Este es el día y éste el lugar para prometer ante Dios y ante el hermano que nada diremos, nada haremos, nada omitiremos decir o hacer que no esté inspirado en el amor a la vida y a la patria.

Finalmente, éste es el día y éste el lugar para que la alabanza y la súplica de nuestro Tedéum fructifique en un himno de esperanza. No importa que la conciencia de nuestro desvalimiento tareas y obstáculos nos imponga temerosa reserva. En nuestro espíritu resuenan, y no dejarán de resonar, los acentos confiados del Salmo: "Alzo Mis ojos a los montes ¿de dónde vendrá Mi auxilio? El auxilio me viene del Señor, que hizo cielos y tierra. El no duerme ni dormita. El es el guardián de su pueblo; El guardará nuestra alma", personal y nacional; desde ahora y por siempre. Así sea.

DESPUES DE LA HOMILIA

Luego de la homilía, se entonó un canto de alabanza y posteriormente se dio paso a las peticiones que fueron presentadas por el pastor presbiteriano Gonzalo Berrios, por el pueblo de Dios; el obispo de la Iglesia Misión Evangélica Pentecostal, Francisco León, por el país; por los trabajadores, el pastor pentecostal José Guerra; por la unidad de los cristianos, el coronel Carl Eliassen, del Ejército de Salvación; por la familia, el sacerdote, el doctor de Antioquía, Juan Bodenburg; por la juventud, el estudiante de la Comunidad Teológica Evangélica, Daniel Godoy; por los necesitados y los que sufren, el pastor pentecostal Narciso Sepúlveda; y por la paz, el pastor metodista Osvaldo Navarrete. Navarrete.

Luego los fieles rezaron el Padre Nuestro y aclamaron a Dios, y más adelante, el doctor Angel Kreiman, Gran Rabino de Chile, pronunció una plegaria a nombre de la comunidad judía. El coro de la Catedral cantó el himno de Acción de Gracias.

Finalmente, monseñor Fresno llamó a la oración e impartió la bendición final, para concluir el acto con la entonación del himno nacional. El Arzobispo de Santiago y los dignatarios eclesíasticos de las diversas religiones que participaron en el acto acompañaron a las autoridades hasta el portal de la Catedral, dando término así a la ceremonia, en medio de los sonos del Aleluya de Haendel.

De regreso al palacio de La Moneda el Presidente de la República y el gabinete ministerial procedieron a posar para la tradicional fotografía oficial. Posteriormente disfrutaron de un esquinazo que les ofreció el conjunto folklórico infantil "Los Grillos" en el patio de Los Cañones. S.E. visiblemente emocionado por el gesto, compartió con los pequeños artistas y les agradeció el afecto demostrado. Concluido este acto, el Jefe del Estado ofreció una copa de champaña a los Ministros.

REACCIONES

El Ministro del Interior, Sergio Onofre Jarpa, señaló al término del Te Deum que la homilía de monseñor Fresno "fue un llamado a la humildad, a la cordialidad, que fue hecho en un momento muy oportuno".

Por su parte, el Ministro de Defensa, vicealmirante (R) Patricio Carvajal señaló que "la homilía fue un llamado a la paz, a la concordia entre todos los chilenos", añadiendo que "es un llamado positivo". Indicó asimismo que "estas exhortaciones de los diferentes pastores sirvieron para presentar una imagen muy buena de tolerancia religiosa, lo que seguramente debe llamar la atención a todas las representaciones diplomáticas acreditadas en nuestro país".

Finalmente, el Ministro de Economía, Modesto Collados, calificó la homilía como "excelente", añadiendo que "fue un mensaje de paz, armonía. Tal como lo necesita Chile. Yo lo sentí como si fuera mío".

5... 4... 3... 2... 1...

Continúa la cuenta regresiva del lanzamiento de un Nissan que usted nunca ha visto.



NISSAN MARCH 1.000



AGARRARE

Firestone
Lo mejor entre usted y el suelo.



Radial Sport

NECSA
Neumáticos para Chile.

Entre usted y el camino sólo están los neumáticos. ¡Asegúrese! Los neumáticos Firestone Radial Sport proporcionan la máxima adherencia con el pavimento, seco o mojado. Su carcasa de Nylon H.T.C., es al mismo tiempo más flexible y más resistente. Por eso los Firestone Radial Sport se adaptan a todas las superficies, amortiguan los golpes, y mantienen su banda de rodamiento en total contacto con el suelo. Su dibujo envolvente, diseñado por computadora, expulsa el agua más rápido, y se agarra a la pista incluso en las curvas más pronunciadas.